

Historia 23—El Calvario

Jesús fue llevado apresuradamente al Calvario en medio de los gritos y las burlas de la multitud. Al pasar por la puerta del tribunal de Pilato, la pesada cruz que había sido preparada para Barrabás fue puesta sobre Sus hombros magullados y sangrantes. También se colocaron cruces sobre dos ladrones, que habían de sufrir la muerte al mismo tiempo que Jesús.

La carga era demasiado pesada para el Salvador en Su condición de cansancio y sufrimiento. Apenas había avanzado unos pasos cuando cayó desmayado bajo el peso de la cruz.

Cuando recobró el conocimiento, la cruz fue puesta nuevamente sobre Sus hombros. Dio unos pasos tambaleándose, y otra vez cayó al suelo como sin vida. Sus perseguidores se dieron cuenta entonces de que le era imposible seguir adelante con su carga, y no sabían a quién podrían encontrar para que llevara tan humillante peso.

En ese momento se encontraron con Simón de Cirene, que venía del lado opuesto. Lo agarraron y lo obligaron a llevar la cruz hasta el Calvario.

Los hijos de Simón eran discípulos de Jesús, pero él mismo no había aceptado al Salvador. Simón quedó para siempre agradecido por el privilegio de llevar la cruz del Redentor. La carga que fue forzado a llevar se convirtió en el medio de su conversión. Los acontecimientos del Calvario y las palabras pronunciadas por Jesús llevaron a Simón a aceptarlo como el Hijo de Dios.

Al llegar al lugar de la crucifixión, los condenados fueron atados a los instrumentos de tortura. Los dos ladrones forcejearon en las manos de quienes los estiraban sobre la cruz; pero el Salvador no ofreció resistencia.

La madre de Jesús lo había seguido en aquel terrible viaje al Calvario. Anhelaba ministrarle mientras lo veía hundirse agotado bajo su carga, pero no se le permitió ese privilegio.

A cada paso de aquel penoso camino, ella había esperado que Él manifestara Su poder divino y se liberara de la turba asesina. Y ahora que se había llegado a la escena final, y ella veía a los ladrones atados a la cruz, ¡qué agonía de incertidumbre soportó!

¿Permitiría Aquel que había dado vida a los muertos ser crucificado? ¿Permitiría el Hijo de Dios ser muerto de manera tan cruel? ¿Debía ella renunciar a su fe de que Él era el Mesías?

Ella vio Sus manos extendidas sobre la cruz—aquellas manos que siempre se habían extendido para bendecir a los que sufrían. El martillo y los clavos fueron traídos, y cuando los clavos atravesaron la tierna carne, los discípulos, con el corazón destrozado, retiraron de la cruel escena a la madre de Jesús, que había perdido el conocimiento.

El Salvador no murmuró queja alguna; Su rostro permaneció pálido y sereno, pero grandes gotas de sudor se posaban en Su frente. Sus discípulos habían huido de la terrible escena. Él pisaba solo el lagar; y de los pueblos no hubo ninguno con Él. (Isaías 63:3).

Mientras los soldados hacían su trabajo, la mente de Jesús pasó de Sus propios sufrimientos al terrible castigo que sus perseguidores tendrían que afrontar algún día. Se compadeció de ellos en su ignorancia, y oró:

«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

Cristo estaba ganando el derecho de convertirse en el abogado de los hombres ante la presencia del Padre. Aquella oración por Sus enemigos abarcaba al mundo entero. Incluía a todo pecador que había vivido o que viviría, desde el principio del mundo hasta el fin del tiempo.

Siempre que pecamos, Cristo es herido de nuevo. Por nosotros Él levanta Sus manos traspasadas ante el trono del Padre, y dice: «Perdónalos, porque no saben lo que hacen».

Tan pronto como Cristo fue clavado en la cruz, esta fue levantada por hombres fuertes, y con gran violencia fue introducida en el lugar preparado para ella. Esto causó intenso sufrimiento al Hijo de Dios.

Pilato escribió entonces una inscripción en latín, griego y hebreo, y la colocó sobre la cruz, por encima de la cabeza de Jesús, para que todos pudieran verla. Decía:

«Jesús nazareno, rey de los judíos».

Los judíos pidieron que esto fuera cambiado. Los principales sacerdotes dijeron:

«No escribas: Rey de los judíos; sino que Él dijo: Soy rey de los judíos».

Pero Pilato estaba enojado consigo mismo por su debilidad anterior. También despreciaba profundamente a los celosos y malvados gobernantes. Así que respondió:

«Lo que he escrito, he escrito» (Juan 19:22).

Los soldados dividieron entre sí las ropas de Jesús. Una prenda estaba tejida sin costura, y acerca de esta hubo una discusión. Finalmente resolvieron el asunto echando suertes. El profeta de Dios había predicho que harían esto. Escribió:

«Perros me han rodeado; me ha cercado cuadrilla de malignos; horadaron mis manos y mis pies... Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes» (Salmo 22:16, 18).

Tan pronto como Jesús fue levantado en la cruz, tuvo lugar una escena terrible. Sacerdotes, gobernantes y escribas se unieron a la turba para burlarse y escarnecer al Hijo de Dios moribundo, diciendo:

«Si tú eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo» (Lucas 23:37). «A otros salvó; a sí mismo no se puede salvar. Si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él. Confió en Dios; líbrele ahora si le quiere, porque ha dicho: Soy Hijo de Dios» (Mateo 27:42, 43).

«Y los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza, y diciendo: ¡Ah!, tú que derribas el templo de Dios, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo, y desciende de la cruz» (Marcos 15:29, 30).

Cristo pudo haber descendido de la cruz. Pero si lo hubiera hecho, nosotros nunca habríamos podido ser salvos. Por amor a nosotros, Él estuvo dispuesto a morir.

«Mas Él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados» (Isaías 53:5).

